

La Iglesia y el Socialismo del Siglo XXI¹

Francois Houtart*



Espíritu del bosque

Introducción

Recuerdo que hace dos meses vine a participar en el seminario organizado por el Serpaj (Servicio de Paz y Justicia); ahora estoy particularmente feliz de estar nuevamente con ustedes para hablar sobre el Socialismo del siglo XXI y la Iglesia del siglo XXI. De hecho, el tema es realmente de actualidad puesto que en América Latina vivimos por primera vez esta situación, des-

pués de mucho tiempo, en el que pasamos de las resistencias a las alternativas, no digo que sea la alternativa definitiva, pero se trata de pasos en dirección de las alternativas.

América Latina es el único continente en el mundo actual que experimenta alternativas. Si consideramos por ejemplo el Asia, allí se vive el neoliberalismo más como una oportunidad que como una agresión. Es muy claro para la opinión

* Sacerdote de nacionalidad belga. Sociólogo, filósofo e ideólogo político de varios movimientos sociales. Autor de numerosas publicaciones a nivel internacional.



general en América Latina que el neoliberalismo ha sido una agresión económica, política, cultural. En cambio, en países como la India, Vietnam y China se mira el neoliberalismo o el capitalismo talvez como una oportunidad, por eso estamos todavía en estado, no solamente de construcción de alternativas, sino aún de resistencias.

Si miramos el continente africano, vemos que en los últimos 50 años la preocupación se ha centrado en la reconstrucción o construcción política -la construcción de una identidad política- y, a pesar de eso, África es el continente más integrado *entre comillas*, dentro del sistema capitalista mundial. Allí, la conciencia de las masas de ser víctimas de explotación se desarrolla de manera todavía incipiente y minoritaria.

En el mundo árabe, el neoliberalismo es visto como una agresión cultural, y, con las debidas excepciones, donde se vive con mayor violencia es en el mundo árabe islámico, especialmente en los países donde la agresión liberal es inmediata, como en Irak y Afganistán. Allí las resistencias son muy violentas, pero no tan elaboradas en función de alternativas. En Europa o en EE.UU. los efectos del neoliberalismo son muy profundos, mucho más profundos de lo que se piensa aquí; por ejemplo, las distancias sociales aumentan en todos los países europeos y en los EE.UU. El actual número o proporción de ricos en Gran Bretaña es el mismo que antes de la guerra del 40', y vemos también que la proporción de pobres aumenta en los EE.UU. hasta el punto que más de 50 millones de personas carecen de cobertura sanitaria. Incluso, las distancias son tan grandes que los salarios de los empresarios llegan a cifras absolutamente enormes: en el año sesenta, el salario de un empresario de EE.UU. fue 41 veces el salario promedio de los trabajadores; en tanto que, en el año 2000, 475 veces más que el salario promedio de un trabajador.

Así, estas sociedades, a pesar de experimentar un crecimiento no solamente de la pobreza sino también y muy particularmente de las desigualdades, no desarrollan resistencias fuertes ni tampoco alternativas puesto que el socialismo

Vivimos en América Latina un momento interesante e importante para el mundo entero, no solamente para el Continente; un momento de alternativas en contra de la lógica del capitalismo.

Europeo no es una alternativa. Es una forma realmente extraña de adaptarse a la situación, porque el referente y guía en nuestras sociedades es el capitalismo. Él detenta la hegemonía; es decir, la hegemonía desde la mente. Por ejemplo, gran parte de la clase media norteamericana todavía piensa que el mercado es la única solución y sigue y crece con dificultades pero sin superar el modelo de crecimiento.

De tal manera que vivimos en América Latina un momento interesante e importante para el mundo entero, no solamente para el Continente; un momento de alternativas en contra de la lógica del capitalismo. No digo que acabarán con el capitalismo, evidentemente, ni que todas las salidas contradicen su lógica, pero iniciativas como del Alba o la del Banco del Sur van en contra de los intereses internacionales y, por otra parte, empiezan a construir una lógica diferente de la del capitalismo. Además, obviamente, aquí en el Ecuador vivimos un momento extremadamente importante en el que se decidirá la orientación definitiva; y por eso es también importante tratar de reflexionar y de actuar políticamente, pero también de reflexionar sobre el sentido de los cambios para saber y tratar de ver si se ajustan a las alternativas o las adaptaciones. Pero el Ecuador aún está abierto a las posibilidades y éstas existen.

En lo que respecta a la Iglesia Católica en particular, estamos en vísperas de una nueva encíclica social que será publicada en los días venideros por el Papa Benedicto XVI, con ocasión del 40 aniversario de la Encíclica de Pablo VI sobre los problemas sociales del mundo contemporáneo. Ya se anunciaron algunos aspectos de su contenido



sobre los cuales voy a hablar en la segunda parte de esta exposición, de tal manera que después de esta introducción hablaré primero del concepto del Socialismo en el siglo XXI y después, de lo que puede ser una contribución cristiana.

1. ¿Qué es el Socialismo del siglo XXI?

Se habla mucho del Socialismo del siglo XXI, pero se habla también del socialismo desde hace mucho tiempo. La palabra socialismo es una palabra ambigua. Cuando hablamos del socialismo, ¿De qué hablamos? ¿Hablamos del Estalinismo, de la Social democracia, de Tony Blair...? Todos dicen ser socialistas... pero, ¿se refieren a lo mismo? Así, el término mismo es ambiguo y por eso se necesita reflexionar sobre su contenido. No solamente la palabra es ambigua, lo fue la experiencia concreta del socialismo europeo, por ejemplo de Europa del Este, o de las experiencias de socialismo o de regímenes que se llamaban socialistas.

En Camboya, por ejemplo, estas referencias en la memoria actual son muy negativas. Cuando uno va por el Este de Europa, a países como Rumania o Bulgaria u otros, hablar de socialismo cierra las puertas. Si cuando nos referimos al Socialismo del siglo XXI proyectamos lo que ha significado el Socialismo del siglo XX, le endosamos también su crítica, de un nivel relativamente superficial, una crítica política y ética que de todas maneras tiene su valor, alimentada por experiencias realmente negativas. Pero todavía enfrentamos una actitud, especialmente de cierto público, de los jóvenes, muy poco analítica respecto a un cierto Socialismo del siglo XX.

Es importante preguntarse por los componentes y partes que intervinieron en aquel fracaso para aprender y concluir que lo sucedido no se debió, precisamente, a las partes del socialismo y que, además, destruyó los progresos que realmente tuvieron lugar. Es posible entender que hubo logros absolutamente positivos y tam-

bién realidades que, finalmente, destruyeron tanto hacia el interior como hacia las fuerzas exteriores de aquella experiencia socialista.

Así que resulta particularmente importante tratar de determinar cuál es el contenido de reflexionar sobre el Socialismo del siglo XXI, y no lo hacemos solamente como un ejercicio académico, sino tomando en cuenta las experiencias concretas, las experiencias positivas, todos los lugares donde hay una contradicción con la lógica del camino, a pesar de que el capitalismo sea totalmente dominante, y considerando lo negativo de las sociedades socialistas para tratar de reconstruir. Por ello, pensar en el Socialismo del siglo XXI no es tan sólo un ejercicio intelectual, sino también uno práctico, muy concreto, para aprovechar de las experiencias y también de los errores que se han cometido. A partir de lo que ha pasado y de lo que se experimenta, pienso que podemos hablar de cuatro ejes fundamentales para intentar definir el Socialismo del siglo XXI que no son sólo resultado de un pensamiento moralmente teórico o menos dogmático, sino también de un pensamiento basado en las experiencias.

Para entender realmente el significado de los ejes de este pensamiento es necesario empezar por la parte negativa del análisis: la deslegitimación del capitalismo, porque si hablamos del Socialismo del siglo XXI, significa que queremos salir de la lógica del sistema. Es verdad que hay algunos que hablan del Socialismo del Siglo XXI como si se tratara de una cierta corrección de algunos abusos del capitalismo; pero, justamente, no se trata de eso; lo importante es entender la necesidad fundamental de deslegitimar el capitalismo en vista de que todavía en la opinión general –como la de Europa y de América Latina– una parte de la clase media se identifica en mayor medida con los poderes económicos porque temen perder lo poco que tienen. Así las cosas, evidentemente debemos preguntarnos por los fundamentos de dicha deslegitimación los cuales surgen de algunos hechos fundamentales:



Primero, el desastre humano del sistema capitalista. Es verdad, jamás hubo tantas riquezas en el mundo. En los últimos 50 años la riqueza mundial se multiplicó por siete. Pero tampoco hubo tantos pobres, 800 millones de personas, que viven con menos de dos dólares al día, una persona que muere de hambre cada 4 segundos. Es un desastre a escala mundial.

En segundo lugar, es verdad que el capitalismo es muy eficaz para producir, genera servicios y es tan eficaz como nunca. En la historia no se habla ni se opina demasiado sobre la manera de cómo se producen y distribuyen esos servicios, pero lo vemos en la situación global de la humanidad, en el número de gente que sufre de hambre o que muere de hambre; y que sufre de miseria, no solamente de pobreza. Es un verdadero desastre humano, catástrofe que es un sacrificio a favor de tan sólo el 20% de la población humana que se desarrolla de manera espectacular aun en el Sur, tal como sucede en China o Vietnam, pero el resto o disminuye su capacidad de vida o vive en condiciones de miseria absoluta.

Y eso realmente es un desastre que no podemos aceptar. Sí, realmente es un desastre humano y también ecológico, aunque ahora no pueda ofrecerles detalles sobre la destrucción de los recursos humanos y sobre el deterioro del clima.

Por lo tanto, no se trata de deslegitimar solamente algunos abusos o excesos del capitalismo sino su vida misma. De hecho, el bienestar y el consumo creciente del 20% de la población frente al resto es un hecho que responde a la necesidad de acumulación del capital, porque es mucho más interesante para ella lograr que el

El Socialismo del Siglo XXI se basa en la deslegitimación del Capitalismo, causante del desastre humano del siglo XX ... Se trata de deslegitimar no solo sus excesos sino su lógica misma.

20% de la población sea capaz de comprar bienes y servicios sofisticados con un gran valor agregado que adquirir bienes solidarios casi carentes de rentabilidad y a los que acceden la mayoría de la población.

Así, este modelo de crecimiento es uno que corresponde a la lógica de la vida misma, y es por ello que debemos deslegitimar no solamente los abusos y los excesos, sino la lógica. Y esa deslegitimación se integra precisamente al concepto del Socialismo del siglo XXI, basado en las resistencias que aumentaron y convergen en el mundo actual, según lo que podemos ver en los foros y debates sobre el tema. Veamos los cuatro ejes principales.

1.1 Los ejes del Socialismo del siglo XXI

El primer eje es el uso de la naturaleza y de los recursos naturales de una manera sostenible; priorizar el uso de los recursos naturales, y de manera especial de los no renovables, de manera racional y bajo el control colectivo de los recursos naturales.

Este es el primer eje que significa una transformación fundamental de toda la filosofía de las relaciones entre los seres humanos y la naturaleza porque significa que la naturaleza no es un ambiente de explotación. Existe una simbiosis entre los seres humanos y la naturaleza, y eso implica exactamente lo contrario, lo opuesto de la lógica del capitalismo que ve en la naturaleza una oportunidad de explotación de recursos, y que los explota de una manera totalmente irracional. Posteriormente hablaré con más detalle del tema.

El segundo eje consiste en privilegiar el valor de uso sobre el valor de cambio. Se trata del famoso concepto de Marx según el cual el valor de uso es el valor que proyectos, productos y servicios tienen para la vida de los seres humanos; y el valor del cambio es el valor de un servicio en función de la posibilidad de renta y de intercambio. Precisamente, la lógica del capitalismo se apoya casi de manera absoluta en el valor de



cambio porque si un proyecto, si la naturaleza, si un servicio no se transforma en mercancía no hay posibilidad de ganancia ni posibilidad de acumulación y es por eso que bajo esta lógica *todo debe ser mercancía*, sea la salud, la agricultura, los servicios públicos, la educación. Es la lógica fundamental del sistema capitalista. Es el valor de cambio lo que orienta toda la economía.

Si se da lo contrario, el predominio del valor de uso, eso cambiará toda la filosofía económica porque la economía no será definida como la actividad que permite producir un valor agregado absorbido por los intereses privados, sino que la economía es la actividad que permite reproducir la base necesaria a la vida física, espiritual, cultural de todos los seres humanos en todo el mundo. Si en eso consiste la definición de la economía cambiamos totalmente el sistema. Legalmente significa poner la economía al servicio del hombre; es decir, reinsertar la economía en la sociedad. La característica del capitalismo, en cambio, es sacar la economía, extraer la economía de la sociedad e imponer sus leyes a todas las relaciones colectivas humanas. Así, el segundo eje es la transformación de la perspectiva económica dando la prioridad al valor de uso.

El tercer eje es la democracia generalizada, la necesidad de desarrollarla no solamente en lo político, no sólo en una democracia parlamentaria -ahora se habla mucho de democracia participativa en el ámbito político- sino de establecer una democracia generalizada en todas las relaciones colectivas humanas, inclusive en la economía. No hay nada menos democrático que el sis-

Se trata de introducir normas democráticas dentro del sistema económico, pero también en otras relaciones, entre los pueblos; por ejemplo, entre los pueblos indígenas y otros pueblos, en las relaciones de género entre hombres y mujeres, en todas las relaciones humanas sociales.

tema económico capitalista. Se trata de introducir normas democráticas dentro del sistema económico, pero también en otras relaciones, entre los pueblos, por ejemplo, entre los pueblos indígenas y otros pueblos; en las relaciones de género entre hombres y mujeres, en todas las relaciones humanas sociales.

El cuarto eje es la interculturalidad: la interculturalidad en el sentido de dar la posibilidad a todas las culturas, a todos los saberes, a todas las religiones, de poder contribuir a esta construcción y eso significa el respeto de estos hechos culturales, en el sentido de interculturalidad, proveer a cada uno, a cada cultura, a cada saber, la posibilidad de realmente contribuir a esta decisión.

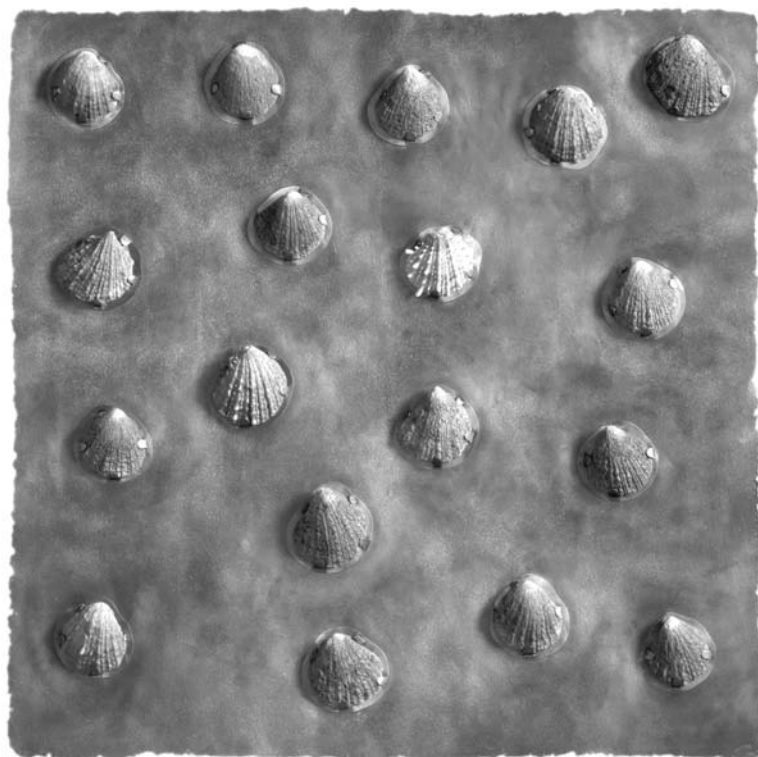
Esos son los cuatro ejes que, considero, pueden realmente contribuir a la construcción de un Socialismo del siglo XXI. Es un deber traducirlos a lo concreto. Es evidente, por ejemplo, que el uso colectivo de los recursos renovables y no renovables debe traducirse de manera concreta una de las cuales consiste en retomar la soberanía sobre los recursos naturales de cada país, en contra de la propiedad de las multinacionales. Significa también un sinnúmero de medidas que ahora empiezan a ser pensadas a partir de la conciencia de la catástrofe climática que nos espera y que infelizmente aumenta en el mundo actual. Entre paréntesis, estoy preparando un libro sobre los agrocombustibles; un problema que debe ser pensado muy bien porque al momento la mayoría de los enfoques se inscribe dentro de la lógica del capitalismo; es decir, no de cambiar el modelo de crecimiento y de consumo, sino de ver cómo se puede continuar con el mismo modelo tratando de resolver el problema de la atmósfera o el problema del CO₂, o el problema del recalentamiento de la tierra; y por eso, debemos analizar muy bien lo que significa el agrodiesel o el etanol en lo concreto del sistema económico actual, porque puede contribuir a una solución del Socialismo del Siglo XXI pero no bajo cualquier condición. Y lo dice muy bien el Movimiento de Los Sin Tierra, en Brasil, confrontado con este problema: no estamos en contra sino que es necesari-



rio establecer condiciones que permitan desarrollar los agrocombustibles dentro de una agricultura campesina y no con las multinacionales; y producir este tipo de combustibles de manera que finalmente no provoquen resultados todavía peores como la destrucción de la selva por el uso de fertilizantes, de pesticidas, etc. Finalmente, el cálculo final llega a la conclusión de que, a veces, es más peligroso para el clima este tipo de combustibles que los fósiles; y es esta la tercera condición: evitar que ésta nueva iniciativa contribuya a la concentración del poder económico de las grandes multinacionales productoras de tecnología agrícola, de pesticidas como el fosfato y otros, de las petroleras y de las industrias automotrices, que ahora tratan de dominar los agrocombustibles.

Es necesario un juicio global sobre cada problema; en lo que respecta a la sustitución del valor de cambio por el valor de uso se puede transformar toda la manera de concebir la economía; por ejemplo, dando más vida a los productos, usándolos por más tiempo. Ahora, los productos tienen que ser cambiados repetidamente, una necesidad de la lógica de acumulación del capital. Si se construyen cosas que duren más se puede ahorrar mucha energía, mucha materia prima. Éste es uno de los aspectos y hay muchos otros relacionados con el valor de uso frente al valor del cambio. También sucede lo mismo con la democracia, con la necesidad de practicar una democracia generalizada y participativa en los diferentes aspectos de la vida colectiva; y finalmente, la interculturalidad.

Cada uno de esos ejes tiene aspectos muy concretos, en perspectiva de la utopía entendida como aquello que esperamos, no la utopía en el sentido de lo que es posible, de lo que existe hoy, sino de lo que puede existir mañana. La utopía es absolutamente indispensable y solamente el



Alimento espiritual. Detalle

capitalismo marcó el fin de las utopías, el fin de las historias. Las historias son también ejes que permiten movilizar las fuerzas políticas, las fuerzas sociales, las fuerzas culturales. Debemos aprender que hay otro tipo de futuro que esperamos, pero también existe un montón de realizaciones a mediano y a corto plazo. Y todos estos pequeños pasos debemos pensarlos también; no podemos realmente pensar que no son necesarios, que no contribuyen, porque la gente sufre y muere no mañana sino hoy. Y son necesarias medidas que podemos llamar *reformas*, a condición que sean pensadas en función de la utopía y no como un medio de adaptación del sistema de tal manera que cada vez que pensamos en un nuevo crédito o un montón de medidas de ese tipo debemos siempre preguntarnos si sirven realmente para la construcción de una nueva lógica o si se trata solamente de un medio para que el sistema se adapte a nuevas situacio-



nes. En lo que respecta al Socialismo del Siglo XXI, evidentemente, no soy capaz de entrar en los detalles de todas las estrategias o los aspectos técnicos de cómo realizarlo; eso pide un trabajo enorme de todo el mundo, de todas las culturas, de todos los saberes, para justamente tratar de construir este mundo nuevo, este Socialismo del Siglo XXI en función de los cuatro ejes que he tratado de explicar.

2. El aporte de la Iglesia y consideraciones sobre la ética

Llegamos ahora a la segunda parte relacionada con lo que puede la Iglesia o el cristianismo aportar en este sentido. Lo primero es el aporte de una fe comprometida, de una fe activa que motiva el compromiso de trabajar para que la utopía sea una realidad. El compromiso solidario por esta filosofía nueva articulada en torno a los ejes que he explicado se ha venido desarrollando en las prácticas de estos años. En algunas reuniones con algunas organizaciones del Ecuador, durante los últimos días, realmente me impresionó mucho la existencia en muchos lugares del país de grupos o pequeños grupos que experimentan de manera concreta lo que significa su fe para construir otra sociedad; y eso, evidentemente, se debe multiplicar. Esta es la primera contribución. La Iglesia no es solamente la jerarquía, ni las autoridades, ni el aspecto intelectual: es la vida, la vida comprometida, es la vida del pueblo de Dios. Así, tal compromiso es ya una primera contribución.

El continente latinoamericano fue el lugar de nacimiento de las comunidades cristianas de base y muchas de ellas han conocido una larga noche; pero, con el tiempo, se ha tenido que reandar este tipo de compromiso; eso es indispensable, es la única manera de dar un testimonio de fe.

El segundo aspecto es el aporte de la teología de la liberación. Se han dicho muchas cosas sobre ella y de veras que hubo momentos muy duros, de un cierto desierto, pero se en-

La Iglesia no es solamente la jerarquía, ni las autoridades, ni el aspecto intelectual: es la vida, la vida comprometida, es la vida del pueblo de Dios. Así, tal compromiso es ya una primera contribución.

cuentra frente a nuevos y grandes retos y posibilidades; no solamente desde el punto de vista técnico, sobre la posibilidad de hablar un poco más, sino sobre el punto de vista del desarrollo de una teología contextual, que tome en cuenta el contexto concreto de hoy. Precisamente el contexto en América latina se caracteriza por el paso de las resistencias a las alternativas. ¿Qué significa eso para la teología? Este es un segundo aspecto extremadamente importante. Hay también otros, uno es mirar lo particular en función de la experiencia, especialmente de los más pobres que luchan por liberarse y también en referencia a la práctica de ellos mismos en su propia sociedad. Porque esta lectura, justamente, es muy importante para inspirar la manera de comportarnos concretamente en nuestra sociedad; ello requiere análisis.

El tercer elemento es la ética, y me tomaré un poquito más de tiempo para desarrollarlo. Estamos frente a una crisis del capitalismo mundial, una crisis profunda. No sabemos cuándo va a explotar de manera global pero va a explotar; todos los analistas lo dicen. Cuando vemos lo que está pasando en la economía norteamericana, todos los índices muestran que la crisis es profunda. Ésta no abarca solamente el capital productivo, crisis clásica del capitalismo de sobreproducción; se trata de una crisis del conjunto que incluye tanto la del capital financiero como la crisis climática. La crisis es también cultural pues vivimos la conciencia del fin de una cierta modernidad, modernidad que creía en un progreso infinito y en la posibilidad de explotar sin fin la naturaleza en función de las necesidades humanas. Hemos constatado que esta fe incon-



movible en el progreso no ha sido satisfecha; se ha visto también, que este progreso incluye un modelo de ciencia supuestamente capaz de resolver todos los problemas lo cual no se ha convertido en realidad. Constatamos que la racionalidad imperante ha ocultado la realidad y que su segmentación es una norma que no puede continuar. La visión de la totalidad es todavía un reto en sí mismo. Vemos que los puntos de vista dogmáticos y las políticas voluntaristas no han conducido a soluciones reales. De otro lado, vemos, en cambio, una pluralidad de conceptos realistas desde los cuales mirar la historia de la humanidad y una pluralidad de culturas que permiten descubrir el carácter fundamental de la realidad humana: la incertidumbre. Transitamos de una modernidad de certezas que teme a múltiples respuestas -sino hoy por lo menos para mañana-, a la conciencia que vivimos en un mundo de incertidumbre, incertidumbre que significa una nueva filosofía de la vida, de la realidad que da importancia a la temporalidad, a la multidimensionalidad de la realidad, a la transdisciplinariedad, con conciencia de que la claridad es aleatoria, que la incertidumbre es el derecho más importante de nuestra experiencia, que la ciencia no es nuestra y que está orientada por intereses. Conciencia del carácter histórico del sujeto y del valor no solamente de la racionalidad sino también del afecto. Todo eso provoca nuevas maneras de situarse frente a la realidad, con consecuencias también para la ética. Porque, por una parte vemos cómo se desarrolla rápidamente la pretensión del fin de los grandes relatos, de las grandes teorías; se asume que no hay más teorías universales, ni explicaciones totales ni sistemas. Se pretende que no haya más legitimaciones que nos induzcan relatos que ya son del pasado, que la historia es solamente una historia inmediata, hecha y construida por los individuos; la teoría es otro de los aspectos prescindibles e innecesarios. Todo este panorama conlleva el predominio de los pequeños relatos, de la centralidad del individuo, de la historia inmediata y de la pluralidad. Como dicen los textos, el

papel de la ciencia social no consiste en estudiar la realidad social sino de ayudar a la comprensión de los diferentes textos pues cada uno, cada grupo social tiene su propio texto, su cultura su manera de ver las cosas. Y las ciencias sociales deben contribuir a entender el texto de cada uno, pero no más como una teoría que trata de comprender la sociedad.

Así, realmente este tipo de ideología que surge del posmodernismo radical es el mejor fundamento para el neoliberalismo actual. Dado el capitalismo globalizado y tomando en cuenta las bases materiales de su construcción como sistema mundial, nada mejor que una ideología que pretenda la inexistencia de los sistemas y de las culturas, que niegue la existencia de la historia y de la teoría. Es, finalmente, la mejor ideología para el sistema capitalista. Y podemos ver que eso tiene mucha importancia para las éticas.

En cambio, miramos otro tipo de posmodernidad, de tipo analítica, que acepta la existencia de paradigmas. Es verdad, se acepta la incertidumbre y la fluidez de los conceptos; se acepta la multiplicidad de factores que intervienen tanto en el mundo físico como en el teológico y antropológico; se acepta el carácter fundamental del afecto. Pero ello no impide reconocer la existencia de un paradigma, el paradigma es la reorganización permanente de la vida. Es el punto de vista de Morin quien afirma, justamente, que estamos siempre en un estado de caos e incertidumbre, de consecuencias aleatorias e impredecibles, en permanente reconstrucción, tanto en el mundo físico, como en el biológico y antropológico.

El posmodernismo radical es la mejor ideología para el neoliberalismo actual. Dado el capitalismo globalizado ... nada mejor que una ideología que pretenda la inexistencia de los sistemas y de las culturas, de la historia y de las teorías ...





Arena en los pies. Detalle

gico. También dice que la humanidad ha llegado a una situación de peligro precisamente porque tiene la capacidad de poder reorganizar la vida, tanto desde el punto de vista social como del climático y de la naturaleza. Algunos filósofos proponen una ideología muy pesimista diciendo que ya es demasiado tarde; otros, en cambio, dicen que no es el momento todavía de reaccionar, y justamente, el paradigma de estos planteamientos es la reconstrucción permanente de la vida. No sabemos exactamente cómo van a suceder las cosas pero sí tenemos una idea muy firme del paradigma de la reconstrucción de la vida.

Asimismo, vemos dos dimensiones éticas, dos grandes perspectivas éticas: la que podríamos llamar *ética reguladora* respecto a la cual se anotó algo importante John Rawls, quien murió hace poco tiempo. Él dice que se necesita un equilibrio, la justicia, en términos de equidad e igualdad y aunque en este sentido es contrario al neoliberalismo reconoce, no obstante, la necesi-

dad de un estado regulador. Pero insiste mucho en una concepción liberal del individuo que en verdad está sobre la facultad general y así la conclusión a la cual llega desde el punto de vista ético-social es que debemos enfrentar las situaciones sin salir del sistema. Es lo que propone el liberalismo social o la tercera vía en Inglaterra o, en otro sentido, la social democracia o la doctrina social de la Iglesia. Ésta es, en el fondo, la perspectiva reguladora del sistema.

La otra perspectiva es la ética de la liberación. Conocemos pensadores como Pablo Richard, en particular Dussel, quienes afirman que frente a la desigualdad fundamental, frente a la exclusión provocada por el capital, se debe pensar sobre una base no de muerte sino de vida porque la racionalidad y la lógica del capital nos está justamente llevando a la muerte, no solamente de los seres humanos sino de la tierra. Así, proponen que la obra de liberación de las víctimas consiste en transformar la muerte en vida. El principio fundamental es realmente desarrollar y reproducir la vida como una obligación moral en cada ser colectivo mas allá también de las culturas particulares.

Tenemos también dos tipos de perspectivas éticas que también están presentes dentro de la Iglesia, dentro del catolicismo. En este sentido la doctrina social de la Iglesia se construye sobre una misión, un análisis social que no ve la realidad en función de la lógica del capital. La doctrina social de la Iglesia, como el Papa actual lo anunció, invita a condenar de manera muy radical los excesos y abusos del capitalismo que destruyen los seres humanos y la naturaleza. Aunque el Papa haya dicho que el capitalismo y la justicia social son incompatibles, al mismo tiempo se reconoce que existe por una parte un capitalismo salvaje y por otra, un capitalismo *entre comillas* y eso justamente impide ver la realidad fundamental e imposibilita llegar a la lógica del



sistema regida por la necesidad de acumulación y que impacta los principios mismos de la vida y de la reproducción de la vida. Por ello, me parece que tenemos que ir más allá de la doctrina social de la Iglesia, la que parte de una muy buena voluntad y de una inspiración académica, pero que finalmente sirve al sistema, pues ningún sistema económico o político puede reproducirse en el tiempo con abusos y excesos; para ello requiere de sus propias instancias críticas y la Iglesia, al proporcionársela, le permite adaptarse y reproducirse. La Iglesia Católica fue más directamente confrontada por el problema del capitalismo, más que el budismo, el hinduismo o el islam, al punto de poder contribuir con la doctrina social.

Finalmente, es necesario considerar la contribución de la espiritualidad, la necesidad y la importancia de la espiritualidad dentro de estos procesos y para eso se requiere de toda la tradición de los grupos religiosos y del cristianismo, utilizando justamente la riqueza enorme de los símbolos que pueden acompañar este proceso. No se trata de materializar los símbolos como es la tendencia de las Iglesias, de institucionalizarlos, sino de utilizar su fuerza que no permita la materialización. Esta fuerza es muy importante para la espiritualidad de quienes tratan de construir otra sociedad, espiritualidad que es un aporte más específico, no exclusivo de las iglesias, pero muy importante. Vimos que en la construcción del Socialismo del siglo XX faltaba la dimensión espiritual pero hoy la vemos en los foros sociales y en otras perspectivas de transformación de la sociedad para construir un Socialismo del siglo XXI. De hecho, existe una mayor conciencia que antes sobre la necesidad de una espiritualidad y allí también hay un aporte posible, pero con la condición de estar dentro del proceso. Debemos ser críticos como intelectuales, como personas, pero desarrollando esa crítica desde el interior, no desde afuera. Seremos veraces si solamente lo hacemos desde el interior del proceso y eso es un gran desafío para todas las religiones, pero particularmente, en un conti-

nente latinoamericano, para los cristianos y para las iglesias latinoamericanas.

3. Diálogo y preguntas

¿Podría profundizar el aporte de la Iglesia respecto a su actitud de dejar hacer así como sus resistencias y obstáculos para la propuesta del Socialismo del siglo XXI?

F.H.: Sí, estoy muy de acuerdo en que una iglesia tan institucionalizada, como la Iglesia Católica tenga muchas dificultades para aceptar la idea del socialismo no solamente por razones ideológicas; también por el hecho de que las instituciones eclesiásticas están muy ligadas con las clases medias, y a veces con las clases altas y, de repente, con las clases populares. Pero también por el hecho de ser tan fuertemente organizada como lo es crea la necesidad de una relación con los poderes sin la cual no puede existir en la sociedad: con los poderes económicos, políticos. Y eso va en contra de su papel político. No podemos soñar una Iglesia que no sea institucionalizada, pero se trata de una realidad sociológica que provoca la contradicción entre el carácter institucional y los objetivos hasta el punto que la reproducción institucional llega a ser el objetivo absoluto en tensión con la tendencia a solidarizar su propia organización, con la interculturalidad, que significa la no existencia de privilegios para grupos particulares. Sabemos que es muy difícil articular la institucionalización con la necesidad de los cambios, pero sabemos por experiencia y por fe del espíritu que es posible. El Papa Juan XXIII lo hizo posible.

Usted comenzó haciendo un análisis del neoliberalismo situándolo en los continentes y sería interesante desarrollar ese mismo análisis pero respecto a las religiones, sobre todo pensando en que hay autores que colocan el mundo musulmán y al islamismo como una de las religiones más resistentes al neoliberalismo y en contra del cristianismo.

F.H.: Es muy importante situar eso en su contexto sociohistórico y económico. De hecho,



el Islam tiene menos contacto histórico con el sistema económico capitalista que el cristianismo y no hay que olvidar que el capitalismo ha nacido en Occidente. A partir de que sólo muy recientemente el Islam se ha confrontado con el sistema económico no hay mucho análisis social en el mundo islámico-religioso; en cambio hay mucha acción social. Por ejemplo, los movimientos islámicos construyen su base social a partir de la acción de tipo asistencial. Sin embargo, existen corrientes, muy minoritarias, de pensamiento nuevo. Citamos, por ejemplo, a Mohamed Taja, un sudanés que vivió en Cactun, ingeniero de formación pero que se interesó mucho en el Corán y que terminó predicando en las plazas públicas de Sudán una propuesta socialista basada en la tradición profética del Corán.

En el Corán hay dos grandes corrientes: la de Melina y la de la Meca. Según esta última predomina la visión profética según la cual el rol profético consiste en luchar contra la injusticia y proclamar el amor y la justicia, tal como ocurre con los profetas judíos, o con el mismo Jesucristo. De hecho, él también hace referencia a Abraham y a Jesús. La otra corriente, la de Melina, traslada el rol de profeta al de Jefe de Estado, la de organizar el Estado, pero según las pautas del Siglo VII u VIII y con un montón de reglas de organización. Y un Estado siempre es violento. En Sudán Mohamed tomó la tradición profética y fundó un partido socialista diciendo que la propuesta socialista es la mejor manera de aplicar los principios proféticos del Islam. También trabajó para la unión entre el Sur y el Norte de Sudán y por eso finalmente fue procesado, y a la edad de 70 años, ahorcado públicamente por el dictador militar de Sudán hace ya 17 años.

Si tomamos el budismo, sobre el cual realicé mi doctorado en sociología, es interesante ver como estas diferentes tendencias también existen allí. El budismo ha sido una fuerza muy dura contra el colonialismo aunque se lo prefiera ver desde un punto de vista cultural y religioso. Pero han producido realmente ese ánimo y movimientos sociales anticolonialistas y tenido

un impacto grande en un país como Sri Lanka donde hay también movimientos budistas de tipo social cercanos a una posición socialista al mismo tiempo que critican el capitalismo en función de los principios de la compasión, pero también a partir de la reflexión de ciertos escritos del Buda sobre las condiciones que permiten a una sociedad ser una sociedad de compasión. Hay algunas tendencias fuertes, porque Buda era el hijo de un gran príncipe, hacia una sociedad de castas, donde los sacerdotes tenían el poder fundamental y hubo una revolución contra el poder de éstos, quienes decían que para llegar a la perfección se necesita aceptar la propia situación, lo que proporcionaba una justificación política extraordinaria de la sociedad de castas. Buda predicó contra eso: no, la reencarnación no depende de las castas, aunque cada uno pertenezca a una u otra casta, la reencarnación ocurre en función de los méritos reales y no en función de las pertenencias. Así, el budismo ha sido un movimiento de protesta contra la estructura de casta lo cual significa que en estas tradiciones existen también elementos que pueden alimentar una crítica contra la lógica del capitalismo; pero estamos lejos de esta situación por muchos hechos históricos y por la confrontación que tuvo lugar ahora, y, principalmente, porque todavía no se ha desarrollado mucho.

¿Cuáles serían las perspectivas de la relación entre la sociedad y el Estado en el marco del Socialismo del siglo XXI?

F.H.: Depende de la aplicación total de los diferentes ejes. Cuando se habla, por ejemplo, del eje de la democracia, no debemos olvidar que en la construcción del Estado realmente la experiencia del Socialismo del siglo XX fue contradictoria con respecto al pensamiento de Marx, porque no debemos olvidar que él proponía el fin del Estado. Pero se llegó a lo contrario; es decir, a un Estado que finalmente absorbió todo el poder de decisión y no dejó mucho espacio para una democracia política. Por eso, la perspectiva del Socialismo del Siglo XXI no apunta a que el Estado va a desaparecer mañana, pero sí a la necesidad



de construir otro tipo de Estado, uno democrático, no sólo según las perspectivas de una democracia parlamentaria -todos conocemos muy bien los límites terribles y a veces estructurales de la democracia parlamentaria- atada a una lógica sectorial que organiza todo el sistema. Ello se debe completar con una democracia participativa que permite ir mucho más allá en la organización democrática de la vida política y del Estado. Es importante constatar que la crítica al socialismo ha sido finalmente una readaptación de la lógica del capitalismo de tal manera que el socialismo se definió como la posibilidad de llegar al mismo tipo de consumo que el capitalismo; ese era el fin de la lógica del socialismo. No se debe olvidar tampoco toda la agresión exterior, ya que ningún sistema socialista ha podido generarse sin guerra, una guerra proveniente del exterior. No debemos olvidar también la Guerra Fría, que fue una guerra justamente para forzar el campo socialista al máximo, lo que para el sistema capitalista fue excelente. Evidentemente, la relación entre lo público y lo privado es un tema que marcó el sistema socialista porque allí se jugó la posibilidad de distribución del producto social, y es así que todo eso ha contribuido a la caída del Muro de Berlín. Pero lo más importante, considero, fue el momento cuando el socialismo se definió en función del abandono de los ejes fundamentales desde los cuales establecer otra lógica.

¿Cómo podría convivir la Iglesia católica según usted muy institucionalizada y jerarquizada con un Socialismo del siglo XXI que tiende a una democratización generalizada?

F.H.: Es todo un desafío y la experiencia nos muestra que no es fácil, y cuando esta perspectiva surge con claridad en algunos países latinoamericanos, como en Venezuela, vemos las reacciones de la Iglesia institucional que considera al socialismo como expresión del comunismo ateo. De otro lado, la religión cuestiona al socialismo del cual forma parte mucha gente del Asia, de la India, de Srilanka donde los partidos socialistas y comunistas carecen de un real impacto popular, en gran parte por su posición atea. Durante un tiempo, en Cuba, era necesario ser ateo para ser socialista; eso realmente fue un obstáculo muy fuerte para la penetración del socialismo en las masas creyentes del mundo. La institución eclesiástica, en el documento sobre la teoría de liberación, dice que si uno adopta el análisis marxista forzosamente termina como ateo, lo que es ridículo porque no es verdad.

Hoy en casi todos los países de Latinoamérica se reconoce a la Iglesia; en algunos sigue siendo la principal, pero, ciertamente ya no es la Iglesia del Estado. E inmediatamente viene la reacción de la Iglesia católica para que no se adopte este tipo de declaración.

1 Ponencia magistral dictada el jueves 11 de octubre de 2007 en el Auditorio Monseñor Leonidas Proaño de la Universidad Politécnica Salesiana, de Quito.

